Guitarra en García Lorca

Una guitare de bois vert berçant l'enfance de l'art
Jacques Prévert

I. Los ojos de la sombra

La estancia de la flor flota al sudario de la vegetación aérea y desolada
Yéndose en su perfume hacia la muerte inabarcable
Qué contagio de rosas vespertinas sobre la larga tarde misteriosa
¡Aroma sea el nardo entre las tapias!
El corazón rebose sobre el huerto cerrado
Porque la rumorosa oscuridad ha coronado su grandeza

Todos los ojos de la sombra pestañeando ante la luna
Arrodillada hasta la sangre en las postrimerías de los bosques
¡Qué dulce hedor de lirio entre las sábanas!
No hay un límite oscuro cuando el caballo de la lágrima
Y la perplejidad de los rincones verdes
Vuelcan su negra lluvia en las acequias ojerosas
No hay madera ni féretro en la cabaña de las yeguas
Ni carcoma ni orugas sobre el lecho
Ni clavos de martirio en la humedad llorosa y exhalada
Cuando todos los buitres del collado
Desalojaban una luna extensa en la miseria de la vega
No era un ojo, no, no era un ojo
Sino una ceja de laureles que se desploma como un arco
Para que pasen cuadrigas de aroma
Sobre la fetidez de espanto hacia el postigo
De la estrellada oscuridad reinando
En las afueras de la vida estremecidamente sola

Llorando todos los gusanos sobre el dibujo de la rosa
Tan gravemente lentos como las procesiones de los frutos
Y las hormigas del terror sobre el país de las mortajas
Cuando el agonizante mira el bosque y el acunado nido del vencejo
No, este escalofrío es de este mundo
No hay más primaveras
Cuando los moribundos del pantano aplauden tercamente
Un solo de guitarra inextinguible en la tristeza
Apenas un arpegio de tripa tensa frente a lo oscuro
Una pequeña excavación en la arqueología de las vísceras y en la caldera de los huesos blancos atribulada por los trinos y por la geografía vegetal de las pintadas artes populares
Tan espantosamente sometidas a los herrajes negros y a los cepos
En un patria de arrendajos
condecorados por la sangre y por la infamia celebrada
No vengáis a decir cosas inicuas
en el otoño de vuestras maldades:
Un pobre niño acribillado
Una trova de miel que no alcanzaba a la dulzura

Un diminuto petirrojo atrapado en las cuerdas de la araña
Un torrente de sueño en el diván de los abrojos
Una graciosa menta esbelta sobre este mundo condenado
Y arrancar sones entrañables a la fermentación de la desgracia
Para que la guitarra se supere horrible
En su madera y en su pájaro
Entre las uvas de la dignidad fangosa desleída
Como los caldos sucios del bodijo sobre la sombra de la reja
Entre los gallos del corral nocturno
Y la zampoña del gañán famosa en la liturgia de la aurora
Y el torvo cielo desplegando su maldita y lejana zarabanda
Sobre la claridad caída de ese árbol
Y sus rumores oceánicos
Y el extravío de la música oscuramente almibarada
Al aire vago de los astros aquilatados lívidos cien años bajo el designio de la muerte
y de los ojos de la sombra
Pues pudo más el plomo
Que la sonaja de las aguas en la melosa cuna trémula de las hermitas bautismales
Cuando la voz de la aceituna dulce
Y el agorero óleo vendado
Deambulaban por el valle de la sagrada yegua malparida
No era el sino sangriento y hocicudo
Tal vez la mala patria negra
En el corral de perros locos por la iracundia de la lunación
Bajo el imperio espeso y chorreante del pavoroso azul influjo
Cuando el zureo del ave acuchillada
Y el pasto en llamas de las noches cárdenas

No, pues era dulce el son y su conjuro
Hasta los nardos se paraban ante la gracia de su música
Empalidecían arrullados los cortijos
Los hurones cejaban en su desorden subterráneo
Y sesteaba la campiña bajo la esquila de sus mieles
El que arrojó los dados sobre el lodo
Volviendo las campanas boca abajo
Petrificando a las abejas
Avergonzando el treno de los altramuces
Y el orozuz del dulce jugo alado
Estaba complicado en las tareas de la oscuridad
En el silencio de las ligaduras
En los pavores de los fuegos fatuos
En las vidrieras de la muerte y la capilla del ajusticiado

Llorar y llorar encarcelado en la madera
Asomando ese arrope entre la andana de las cuerdas
Como el pinzón abarrotado en densidad de sombras hacia la nada melodiosa
Porque es allí donde perpetra el pájaro el destino
Algo que se moría frente al regato
De la propia existencia expresionada en el sonido íntimo y supremo
Aciagamente dada a su taller de flujos

Como el sol de la aldea abiertamente lujurioso sobre la ubre y la vacada de la lluvia
leche extensa
Pues así son los ríos si amanecen sobre el pajar de los amores y los susurros
de la historia
Llorar y llorar sobre el retrato de la niebla
La belleza inmediata de lo no concluido
El murmullo del tejo en la oveja quejuna
El bordoneo grave, eólico, sobre el arbusto del paisaje
El pasillo siniestro hacia la tarde religiosa
El canto de las hojas en la fuente ya seca
La suma del ruido en la sartén de las enaguas
El disgregado fuego de la fábula en la cocina honda y temerosa
El sacristán beodo y enredado entre las cuerdas locas de la campanería de las yerbas
El candil brujo de la brisa velando al muerto en sus olivos

II. Agua honda

Y esto es el duende. Un viento como las cañas negras de la música
No pasear el agua por el cuerpo
Atormentado desde siempre por su sazón nocturna
Sino vivir esta sazón
Anticipadamente con la muerte y con las venas del espanto
Y con los ojos de la sombra
Acostumbrados al compás del agua
Y a la mirada de los muertos en la alquería solitaria
Poniendo el pie desnudo sobre el taconeo
Juntando así la sombra con la sombra
Para que nos penetre desde abajo el calor de la muerte y la semilla de la sabiduría
subterránea
Alzándonos tan graves como el braceo de los sarmientos
Y el baile serio de las hojas
Ante la garza indiferente en la agonía de las aguas

Vivir así la muerte que se copia
En la disgregación de la humedad corpórea
Participando en la totalidad de la espesura verde efímera
Pues son la gracia de la rosa
Y el calendario de sus pétalos
Los que el compás del agua lleva hacia la nada silenciosa
En el instante del escalofrío
Cuando se muere rumoroso
Enlagrimándose en la copla
En los sonados salmos filosóficos
En la navaja de la noche
En la secreta atmósfera verdosa del aguardiente y de las mentas
Para que toda la humedad del pozo derrame sus lianas en el lecho y en la camada
bruja del deseo en un amanecer de fresas brunas cuando la servidumbre
de los paños y los aguamaniles hediondos convoquen la cellisca ciega sobre el rojo
mantón deshilachado de las podridas hojas de los bosques y la guadaña de los
guardaperos

Y el mayoral del cielo diga basta
Este inocente flauta
Esta carnívora melón
Ha reventado de dulzura
Y no, no son culpables las pajariles pajas del arpegio
Ni el arrope del sexo entre los gajos
No ha sido la demencia ni aquella fábrica del sueño
Sino el humano escudo roto
En la contemplación del ciclo de las yerbas
Rumiante en el galope y en el compás de su riachuelo
Cuando las aguas bajan rojas
A horcajadas de la muerte y de los cielos caedizos
Entre la égloga salvaje
Y la cristalería del rocío
Llamando sollozante a la respiración de la justicia en la capilla verde de los campos
Bajo la cantinela oscura del barquero
Y el potro espuma de las aguas
Piafando grave con la música de los remotos órganos frondosos

Así es el agua honda
No hay sino escuchar ese trémolo
El lacerado corazón del pozo
Levanta su lamento en la inseguridad de la existencia
Y en la marmita de los caldos negros
Entronizando en el jaleo a la penumbra de la orgía
Abrasadas las sombras por el calor de tantas súplicas
Y por la soledad arrodillada en el jipío terrorífico
Han naufragado todos en el escalofrío de la alberca
Y sin embargo hay una música
Sobre el asado de los naipes
Sobre la gula masticada de las gacelas metafísicas
Porque hay que maldecir de una vez este destino aciago
Y a ver si en el misterio se consuma
La farsa popular y el cuerno de los amores desgraciados
Y la mentira de la gracia
Y ese sordo clamor de moscardones aleteando en el pandero de su drama rural
y consentido
Por los alcaldes y los curas y los pájaros
De la cerrada noche musical abierta sólo a la barraca del fracaso
Son esos dedos y esos dados
Arrancando a las cuerdas la profecía del verde musgo
Para que el orden natural del pueblo
Y la majada de los valles
Regresen a los dioses de la tierra
Retornando la música a su seno de dolorosas grutas excavadas
En el dolor de madre y en la harina de las podridas tortas festejeras
Como si el tiempo encabritado
Volviese al cálamo sufrido de la literatura maldiciente
Y a los gitanos trashumantes de la enterrada y rota lejanía

Esta agua honda no se muere aquí
Navegará en los parques de los muchachos lujuriosos
Perdidos en la fronda de los deseos no satisfechos
Y en los espermas de la tapia cerrada siempre a lo infinito
Volará en la polilla de otros féretros
Y en cada habitación terrible el cielo se llenará de corazones
Porque ella mana y mana como si fuera un astro desleído
En el portento de su ámbito
Y en la guitarra monstruosa de su lamento desgarrado
No es cosa de este mundo
Llorar no arregla nada frente al sino
Nada puede volverlo a la caballeriza de las yerbas
Ni al apareo de las frondas con el oscuro cielo

III. La primavera de los pájaros

Cuando las lluvias ya han pasado
Oigo el dulce quejido del rumoroso brote tierno
¡Cómo me acosas hacia el néctar caído sobre el prado húmedo!
Qué hermoso es el torrente de la belleza nueva
Y el umbroso arco iris de las lilas
Esta guitarra llora por las vegas
Con la floresta de las aguas mansas
Y el instrumento verde de las violas y las gigas
En la aventura alegre de las salvias
De los atolondrados pájaros cantores
Rebosando la espuma de las tapias
Desaliñando el hortelano claustro de las cerezas y los crisantemos
Oid cómo el dolor ha florecido
Y las yeguadas de las nubes lentas regresan sabiamente a la dulzaina fresca del almendro
Porque ha llovido mucho sobre el mundo
Y la crisálida del pozo
El agua honda del abismo frente a la lejanía de las cuerdas
Desatarían las ligaduras
Del rumoroso espacio sometido a una ley de almirez en la verdura alada y resonante
Así es el ámbito y la copa de los cerrados versos
Cuando la fronda acopia imágenes y las aprieta sobre el árbol
Y las resume en coro vegetal
Haciendo así la conjunción
de todos los dolores reunidos en el fragor de la enramada
No llora, no, no llora
esta guitarra celebrada en las alturas misteriosas
Sino que llena el corazón sediento
De sones dulces y mojados
En la ceguera del cortijo rabiosamente soleado en trinos
Esta es la ley del canto
Bocas abiertas contra la alquería de los cerrados universos

En la filosofía de los límites
Y en las cancelas de los camposantos

No diga nadie que la noche
Ni la palabra oscura de los cuervos
Estaremos aquí llamando al alba
Y al aldabón maduro de los frutos
Hasta que estalle el pecho hacia su rama
A la congregación de la fortaleza
En el conjuro de las sabias sombras
Y el primoroso aliño en la espesura
No es tumba el pozo ni la brisa
Ni el bulido confuso de las escarchas levantadas
Hacia la alegre confusión del coro y la ambrosía de la especie celestemente percutida
en los tambores del helecho la ocarina del lago, la flauta de los sotos
el destrozado espejo en lo vibrátil del rumoroso y emboscado grillo
Alguien ha visto un guitarra rota
Diseccionada sobre el plano de las aristas y los nichos
Y la bodega de las uvas amamantadas por la muerte
Y los rincones de la oscuridad desalentados por el arte
Y la meditación a la deriva de los sollozos y los crisantemos
Pero esta guitarra es de los bosques
Está en el árbol de la gleba
Y en la floresta unívoca del pueblo
Enraizada en los fermentos y el agua honda del espacio
Porque ella acoge a todo el ámbito
Carnívora terrible en la consumación del tiempo
Y las generaciones de la rosa
Y el flotante rodar arriba abajo
Como el galope de campanas que glorifica la herradura
La congoja del potro
Y las cerradas rejas que se baten en la celebridad del cielo ansioso
No hay muerte, no, pues esta mano de agua
Ha acariciado la honda cuerda donde se esconden los sonidos
Y las lamentaciones de los vientos
Y el telar torvo de la turba y los carbonizados muertos
Para que cada hombre asuma la existencia
En la sincera boca y en el fragor de los suspiros
Hasta que griten las montañas
La sinalefa exacta de los gusanos y la gloria

Rafael Soto Vergés